

El general Taylor interpreto la petición del Gobernador como signo de debilidad de los defensores y se negó a conceder cualquier cosa que no fuera la rendición.

Por la tarde observando el general Taylor que su intento por penetrar las líneas de los patriotas le estaba costando innumerables bajas, ordeno que; desde los Fortines abandonados por las tropas mexicanas, se bombardeara la ciudad, tan destructivo fue este, que los mismos soldados estadounidenses se lamentaron después de su acción:

“La noche del 23, la explosión de nuestras bombas sobre la ciudad era seguida por los más terroríficos lamentos, quizá de mujeres o niños. Las quejas no cesaron hasta la mañana siguiente. ¡Gracias a Dios! Aquella noche yo dispare sólo dos bombas, pues se me dijo que los texanos ocupaban los techos de las casas inmediatas a mi línea de fuego.”⁸

⁸ Livermore. p.119.

A consecuencia del intenso bombardeo, la madrugada del 24, aún sin interrumpirse los combates en las calles, el General Ampudia, solicitó al General Taylor parlamentar. Se comisiono para esto al coronel graduado capitán Francisco R. Moreno que llevo al general Taylor la siguiente comunicación:

D. Pedro Ampudia, General en Jefe, al Mayor General Taylor

Cuartel general en Monterrey,
23 de septiembre de 1846, a las 9 horas, p.m.

SEÑOR GENERAL.: Ya que he realizado la defensa que creo posible en esta ciudad, he cumplido con mi deber, y he satisfecho aquel honor militar que, de cierto modo, es común en todos los ejércitos del mundo civilizado.

Seguir con la defensa, pues, sólo resultaría en desolación para la población, que ya ha sufrido lo suficiente por la mala fortuna que causa la guerra; y tomando por sentado que el gobierno estadounidense ha manifestado una disposición hacia la negociación, le propongo que evacuemos la ciudad y la fortaleza, llevando al personal y el material que han quedado, y con la seguridad de que ningún daño resultará para los habitantes quienes han tomado parte en la defensa.

Sírvase aceptar la promesa de mi más distinguida consideración.

PEDRO DE AMPUDIA

Al Señor Don Z. Taylor, General en Jefe del Ejército Estadounidense ⁶

El General Taylor recibió esta comunicación un poco antes de las 7.00 a. m e inmediatamente expresó que no estaba dispuesto a acceder a los deseos del General Ampudia, enviando como respuesta la siguiente negativa:

Cuartel general del Ejército de Ocupación
Campamento cerca de Monterrey
24 de septiembre de 1846, a las 7.00 a.m.

SEÑOR: Su comunicación, con fecha de las 9.00 horas p.m. del día 23 del presente, acaba de ser recibida por mano del Coronel Moreno. En respuesta a su propuesta de evacuar la ciudad y la fortaleza, con todo el personal y material de guerra, tengo que declarar que mi deber me obliga a negarme a acceder. Una rendición completa de la ciudad y guarnición, los integrantes de esta última como prisioneros de guerra, es lo que se requiere ahora. Pero tal rendición será bajo condiciones, y la defensa valiente del lugar, que da crédito tanto a las tropas como a la nación mexicana, me inspirará a hacer que dichas condiciones sean tan liberales como sea posible. La guarnición será permitida, si usted quiere, después de entregar sus armas, retirarse al interior a condición de no volver a servir durante la

⁶ Thorpe. p. 82.

guerra, o hasta que sea intercambiada. Huelga decir que los derechos de los no combatientes serán respetados.

Se requiere una respuesta a esta comunicación antes de las 12 horas. Si accede a hacer un trato, se le enviará un oficial de inmediato, con instrucciones de establecer las condiciones.

Quedo, Señor, de usted, atentamente.

Su fiel servidor, Z: TAYLOR

Mayor General Comandante, Estados Unidos

SEÑOR D. PEDRO AMPUDIA,

General en Jefe, Monterrey. ⁵

Para demostrar su disponibilidad a la negociación de la paz, Taylor suspendió las hostilidades en tanto las negociaciones quedaran abiertas.

⁵ Thorpe. p. 83.

Para la tarde de ese día los dos jefes aun no se ponían de acuerdo en los términos en que se daría la rendición, por lo tanto se creó una comisión de ambas partes que continuara las negociaciones, fungiendo como comisionados mexicanos, los generales, Tomas Requena y José Maria García Conde y el Lic. Manuel Maria de Llano, y por el lado de los estadounidenses, el general Worth, el mayor general de los voluntarios de Texas Pinkney Henderson y el coronel de los rifleros del Mississippi Jefferson Davis.

A la media noche, se acordó las bases de la capitulación que consistieron en los artículos siguientes:

Art. 1° Como legítimo resultado de las operaciones sobre este lugar y la posición presente de los ejércitos beligerantes, se ha convenido que la ciudad, sus fortificaciones, las fuerzas de artillería, las municiones de guerra y toda cualquiera propiedad pública, con las excepciones abajo estipuladas, serían entregadas al general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, que se halla al presente en Monterrey.

2° A las fuerzas mexicanas les será permitido retener las armas siguientes: los oficiales sus espadas, la infantería, sus armas y equipo, la caballería sus armas y equipo, la artillería una batería de campaña que no exceda de 6 piezas con 21 tiros.

3° Las fuerzas mexicanas se retirarán dentro de 7 días contados desde esta fecha, más allá de la línea formada, Paso de la

Rinconada, la ciudad de Linares y San Fernando de Presas.

4° La Catedral nueva, nombrada Ciudadela de Monterrey, será evacuada por los mexicanos y ocupada por las fuerzas americanas mañana a las 10 de ella.

5° Con objeto de evitar encuentros desagradables y por conveniencia mutua, las tropas americanas no ocuparán la ciudad hasta la evacuación de ella de las fuerzas mexicanas, exceptuándose para ello las casas necesarias para hospital y almacenes.

6° Las fuerzas de los Estados Unidos no avanzarán más allá de la línea especificada en el 2° artículo, antes de ocho semanas o el tiempo que se juzgue necesario para recibir las órdenes e instrucciones de los gobiernos respectivos.

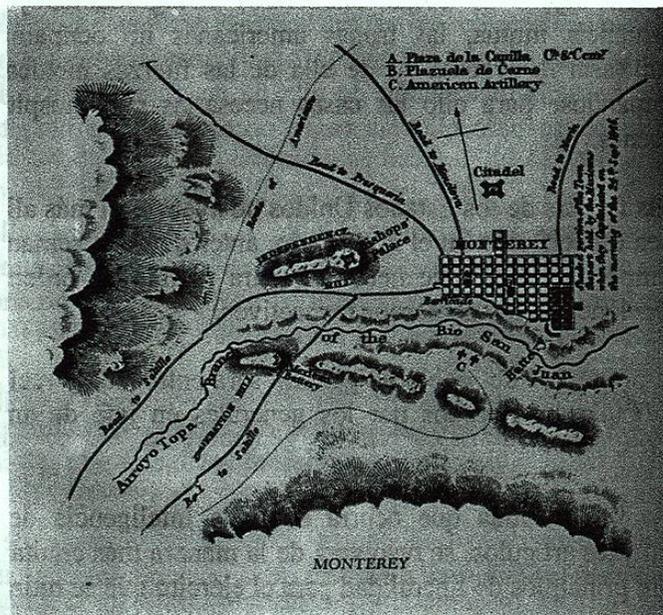
7° La propiedad del gobierno general será entregada y recibida por oficiales nombrados por los generales en jefe de ambos ejércitos.

8° Cualquiera duda que ocurra sobre la inteligencia de los precedentes artículos, se resolverá de la manera más equitativa, y sobre principios de liberalidad para el ejército que se retira.

9° y último. Se hará un saludo por la misma batería de la Catedral nueva nombrada Ciudadela, al tiempo de bajar la bandera mexicana.

En la madrugada del día 25, salió de la ciudad, un escuadrón de la caballería mexicana que escoltó al general Taylor a su cuartel general en el Bosque del Nogalar.

El tratado había sido acordado y Monterrey se había rendido.



Croquis que ilustra la zona de la ciudad ocupada por las tropas mexicanas al capitular la mañana del 24 de septiembre de 1846.

Este mismo día, a las 10 de la mañana, las tropas mexicanas se prepararon a evacuar la Ciudadela. En emotiva ceremonia donde estuvieron presentes el general Taylor y el general Ampudia, además de las tropas del coronel P. F. Smith que tomaría posesión del fortín. Se retiró del asta, la bandera mexicana, entre las agudas notas del clarín mexicano y el estruendo de los cañones se le tributaron los honores de guerra.

Inmediatamente a esto, se izó la bandera estadounidense y si como esa fuera una señal, aparecieron en cada fortín y en cada cima conquistada, la bandera de la barra y las estrellas, desde donde se hizo rugir a los cañones, mezclándose en un estrepitoso eco, que hizo recordar los privilegios de los que goza el vencedor.

La rendición de la ciudad costó muchas vidas, las batallas alcanzaron tintes de dramatismo que impactaron en el alma de quienes las vivieron, así lo reflejan este poema, que glorifica la victoria alcanzada en las calles de Monterrey.

Ex
Nov. 14-06

MONTERREY

Fuimos pocos quienes enfrentamos
Ese día marcial la lluvia de plomo;
¡pero muchas almas valientes hubiesen
Dado gustosos la mitad de sus días
por habernos acompañado en Monterrey!

Por aquí, por allá, cayeron las balas
en mortales montones de rocío caliente;
no obstante, ningún soldado cejó
cuando a su alrededor los heridos lanzaron
su último grito en Monterrey.

Y siempre adelante siguió la columna
su camino amedrentante por medio del fuego;
al caer los muertos, pasaron los vivos
aún atacando a los defensores
de las resbaladizas calles de Monterrey.

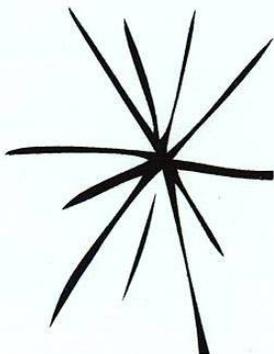
El enemigo mismo, reculó en terror
cuando atacando su lado más fuerte,
nos lanzamos sobre sus baterías torvas
y, desafiando la ráfaga brutal,
tomamos las torres de Monterrey.

Nuestras enseñanzas en las torres ondean
y al anochecer tocan las cornetas;
cerca de ramas de naranjos, que encima de sus tumbas
conservan fresca la memoria de valientes
que lucharon y cayeron en Monterrey.

No fuimos muchos que nos apresuramos
al lado de los que cayeron allí,
pero, ¿Quién de nosotros no confesaría
que preferiría compartir el descanso del guerrero
al no haber estado en Monterrey?¹

¹ *The rough and ready annual: or military souvenir.* New York: D. Appleton & Co. 1848. pp. 81-82.





Hacienda San Pedro, Zuazua, N.L.

Mayo de 2001.